

# Cristina Pacheco: la voz de los pobres

Ana Leticia Olvera Tapia

“**L**a voz de los pobres”, así la define Fernando Benítez, su amigo de toda la vida, seguramente porque a través de su trabajo diario se ha encargado de dar voz a los grupos sociales que más necesitan ser escuchados. Periodista por vocación y escritora, tal vez, por la influencia de su esposo José Emilio. Cristina Romo Hernández conocida en los medios como Cristina Pacheco es hoy, sin duda, una de las mejores entrevistadoras dentro del periodismo mexicano. Sin embargo, ella asegura: “No es mi intención convertirme en voz de aquellos que no la tienen, simplemente me parecería muy difícil ser periodista y no interesarme por una mayoría de mexicanos que requieren del auxilio de los medios de comunicación. De ahí precisamente surge el impulso de tornarme en su interlocutora, del interés por mí país, por lo que vivo, por lo que viví”.

## TENGO VICIO POR LA CIUDAD

Hace más de cincuenta años -a la edad de cinco- Cristina Pacheco, sus padres y sus hermanos salieron de su pueblo bus-

cando mejores condiciones de vida; se dirigían a la Ciudad de México para habitar una vivienda en una vecindad del antiguo barrio de Tacuba, el cual fue algo más que su hogar durante su infancia y adolescencia, pues desde entonces se convirtió en el escenario donde vio y conoció a los personajes clásicos de esta gran urbe.

“Llegamos a la ciudad en tren y cuando me bajé en Buenavista y vi Insurgentes, en ese momento descubrí una ciudad maravillosa, iluminada con luces de colores. Desde el primer momento me encantó la ciudad, me pareció un gran juguete. Era maravilloso ver los trenes y los comercios; me encantó el ruido y me encantó la gente. Creo que desde el principio se estableció una relación muy extraña, tengo vicio por la ciudad, me gusta, aunque reconozco que tiene especies muy desagradables. Hay lugares muy descuidados que la gente que los habita no se merece estar en esas condiciones; pero, desde luego, entre más camino más me gusta. Creo que lo impresionante de la ciudad son las miles de ciudades que tiene dentro. Desgraciadamente, el hilo conductor de esas miles de ciudades es, por lo general, la necesidad”.

-¿Desde chica le gustaba recorrer la ciudad?

“Cuando no tienes dinero tu movilidad es relativa, si no tienes para el camión no puedes ir a ninguna parte. Conocía el barrio porque iba a la escuela a pie y caminaba por la calzada México-Tacuba y la avenida Azcapotzalco.

“Me sentaba en la puerta de la vecindad donde vivía y veía pasar el tranvía, esto era en 1948 ó 49, y pensaba a dónde iría, me gustaba la idea de que se iba lejos, pero subir al tren me mareaba. Llegaba cuando muy lejos al cine *Cosmos*, ahora paso por ahí cuando voy al *Canal 11* y me encanta la idea de que por ahí pasé toda mi vida. Al centro empecé a ir ya muy tarde; la primera visita obligada fue a la Catedral, luego el Zócalo y la Alameda. Pero Xochimilco y Tlalpan no los conocí hasta muy grande.

“Me gustaba mucho sentarme en la puerta y ver a la gente. Había una señorita en la vecindad que era una especie de Jessica Lange de Tacuba porque tenía una bella figura, ahora me doy cuenta que era una mujer muy bonita, pero tenía algo morboso, algo muy extraño, pálido. Se paraba en la esquina y salía con un guajolote a la puerta, casi siempre vestida de rojo; me llamaba mucho la atención porque no hablaba, era una mujer silenciosa. Como ésa podría describir millones de personas que pasaban por la ca-

lle y me hacía feliz verlas, quizá porque eso me permitía olvidar mi propia historia”.<sup>1</sup>

## MI PAPÁ NOS ENSEÑÓ A NO TRAICIONAR NUESTRAS RAÍCES

La sencillez y la cordialidad son características en su trato con la demás gente y aunque actualmente goza de gran reconocimiento en el periodismo y las letras, Cristina no olvida sus raíces y cómo, a base de esfuerzo, dedicación y muchos sacrificios, llegó a ser lo que es hoy.

Sus primeros años escolares los cursó en la escuela primaria “José Arturo Pichardo” y recuerda que disfrutó mucho esos años “aunque fui mala estudiante... Entrar en esa escuela era realmente como entrar en un cuento, todos los que íbamos a esa escuela éramos gente pobre. La casa era una mansión. Su sala de baile, su cocina y su baño se habían convertido en aulas. Recuerdo que en medio de mi salón había una tina preciosa de patas de porcelana en donde aprendí mi primera canción..., no teníamos para comer, pero las paredes estaban cubiertas de frescos muy hermosos. Era totalmente una maravilla.

“Lo que pasa es que la necesidad crea unas defensas... cuando no tienes con qué jugar te pones una sábana rosa y eres María Félix, y cuando nadie te oye, no porque no te quieran sino porque no hay tiempo, te acostumbras a estar hablando,

elucubrando contigo, pero quizá yo no me hubiera dado cuenta de esta capacidad que tengo de ver el mundo, si no hubiera sido por la escuela donde yo estudié. Fue para mi el primer contacto con la belleza, si yo no hubiera visto esa casa mi vida hubiera sido completamente distinta y sería sorda a las artes plásticas, yo no he tenido esa instrucción, pero tengo esa mirada que me permite hacer mis entrevistas con los pintores o los arquitectos gracias a esa casa. En la escuela había buhardillas, un campanario, pero lo más bonito eran los frescos, y al final, había una especie de invernadero de cristal. Salir de ahí a la miseria no me importaba porque yo decía: mañana vuelvo.”

Invariablemente vestida de negro -a veces combinado con el púrpura-, como las vírgenes de San Felipe, Guanajuato, su pueblo natal, como las mujeres con las que convivió durante su niñez, como su misma madre, pues Cristina, como la llaman sus amigos, asegura que al vestir así experimenta la sensación de “llevar la casa a cuestas”, reconoce que su vida familiar no era muy agradable. “Nuestra vida en familia era bastante desordenada, porque mi padre era alcohólico, un hombre con una enfermedad muy profunda, pero eso no quiere decir que no nos quería, no era un hombre malo, era un hombre desdichado, era muy generoso conmigo, me dio mucho amor, todo su apoyo y también me enseñó a leer. Por diversas circunstancias nunca nos dio un discurso de principios, pero lo que sí nos inculcó fue el no traicionar las raíces, nos decía: ‘Recuerden que son gente del campo, son *pelados* y si alguna vez suben no se olviden de la tierra’. Y aunque nos enseñó algunos principios de mo-

ral, me llevaba al hipódromo donde apostaba y de esto dependía muchas veces si comíamos o no”.

La conductora del programa *Aquí nos tocó vivir* hace una pausa, mira con nostalgia algunos cuadros de niños indígenas colocados en una de las paredes de su oficina, toma su cigarro, se lo lleva a la boca y aspira, mientras saca el humo recuerda a su madre: “Era una mujer muy buena, yo creo que el centro de mi vida; era muy generosa, era de esas mamás que te miman y te cuidan. A pesar de la situación de mi padre, nunca fue cruel con nosotros, nunca estuvo malhumorada, y en cambio era sumamente graciosa”.

## MI MAESTRA DE TERCER AÑO ME ENSEÑÓ A DOMINAR LOS NERVIOS

Cristina Pachecho es una gran conversadora; no disimula sentimientos, es muy sincera. A cada pregunta responde contando una historia, la cual encierra una moraleja o un final que da respuestas concretas y al mismo tiempo abiertas. Su memoria viaja en el tiempo, recorre pasajes de su vida y recuerda con gran facilidad personajes conocidos o situaciones vividas y platica de ellos con la alegría o el sufrimiento que esa vivencia le dejó en su alma.

-¿Qué influencias importantes ha habido en su vida?

“Mira, en tercer año de primaria conocí a una mujer, era una de esas maestras de antes, yucateca, chiquita, se llamaba Eva Santos del Prado. Yo era entonces una niña muy re-

<sup>1</sup> Mari Nieves Noriega de Autry y Myriam Ríos. La conductora del programa de televisión Aquí nos tocó vivir recuerda ese polvoriento pueblo de su niñez y a la maestra que le cambió la vida. *Paula*, abril 1998. p. 29.

belde, y cuando me formé en la fila se me quedó viendo y dijo: 'Mira, si tú no vas a aguantar, de una vez pide que te cambien, pero si te quedas conmigo vas a cambiar de todo a todo'. Entonces dije: 'Me quedo'. Me enseñó higiene, a no pelearme y me enseñó una cosa maravillosa, a dominar los nervios, decidió ponerme en todos los eventos de la escuela y a declamar. Yo lloraba y decía: 'Qué hago si se me olvida'. Y ella me contestaba: 'No se te va a olvidar, tienes que aprender y tienes que pararte y decir la declamación'; todo eso ha servido para mi trabajo. En tercero me inscribió en un concurso nacional de oratoria. Gané todos los concursos, pero al final me dieron en la torre porque así es la vida, porque hay cosas que pasan.

### **SI NO HUBIERA ENCONTRADO A ESA MUJER, MI DESTINO SERÍA LA CALLE**

"Con esta maestra estuve hasta sexto año y cuando nos separamos yo sufrí horriblemente. Ella me preparó para entrar a la secundaria 15, la "Alberto Einstein", en una casa que estaba frente al Arbol de la Noche Triste. En un cuarto me daba clase y en otro estaba su hermana muriéndose de cáncer, pero era algo totalmente natural, uno crece en ese medio con una naturalidad para el dolor absoluto. Para la última clase mi mamá pensó en comprar algo para agradecer a la maestra; entonces compré cuatro manzanas amarillas y las pusimos en un plato para la enferma; todo se empezó a llenar con el olor de las manzanas y mi ejercicio de matemáticas fue hecho con ellas. Ahora cuando voy al mercado

me detengo en un puesto para ver esas manzanas; siguen teniendo el aroma de ese tiempo.

"Nunca volví a ver a mi maestra, la he buscado, he puesto anuncios y en muchos cuentos pongo su nombre para ver si ella lo entiende. Quisiera levantarle una estatua porque me salvó, si yo no hubiera encontrado a esa mujer mi destino hubiera sido la calle, la prostitución, la basura, y no porque mi familia fuera mala, es porque la pobreza es muy negativa, tienes muchas influencias, estás al alcance de la mano de cualquiera, no hay defensas, no hay protección; entonces cada mañana que me levanto y hago lo que quiero, le rezo igual que a mi madre, si es que puedo rezar; la adoro verdaderamente.

### **MI MADRE NOS ALEGRABA LA VIDA CONTÁNDONOS HISTORIAS**

- *¿Hubo alguna otra mujer que influyera en tu vida?*

"Mi mamá, era una mujer maravillosa, debe haber sido muy guapa aunque estaba muy estropeada por tantos hijos, pero tenía una cosa como jugosa, linda, tenía un calor que hacía que toda la gente la siguiera. La casa se llenaba de mujeres que iban a contar sus cosas y tejían o lavaban o planchaban, pero conversando siempre historias de la familia. Ella nos alegraba la vida contándonos historias, oír la era quedarte encantado, porque tenía un lenguaje que yo no sé de donde lo sacó, creo que de tanto conversar con mi papá. Les gustaba ir a los cafés, mi mamá le pedía que la llevara al "Tupinamba". Un día le pregunté: '¿Por qué le gusta tanto ese lugar?' y me dijo: 'Porque

huele a españoles' '¿Y a qué huelen los españoles?' - 'A tabaco, pero no le digas a tu papá'. Tenía esa cosa muy sensual y muy bárbara realmente para decirselo a una hija.

### **YO NO ESTUDIÉ PERIODISMO EN LA ESCUELA. ME HICE EN LOS MEDIOS**

Debido a su situación económica, Cristina tuvo que trabajar desde muy pequeña. A los siete años trabajaba con su mamá en el mercado de Tacuba vendiendo ropa para niños "horrorosa por cierto". También vendíamos buñuelos. Luego fui empleada de la juguetería Ara y después de otros almacenes. Sin embargo, nunca dejé de estudiar y aunque tenía poco tiempo y en mi casa no había libros, cursé hasta el tercer año de la carrera de Letras Españolas.

Fui empleada en la Universidad Nacional, en el Departamento de Servicios Escolares, era secretaria de esas que pasan calificaciones. Todas las mañanas me desayunaba un refresco en la Biblioteca de la UNAM y ahí me vio Alicia Castro, una mujer tabasqueña, secretaria del entonces director de Difusión Cultural, Jaime García Terrés. Alguien le dijo a ella que necesitaba un mejor puesto y ella me propuso para ser la secretaria del subdirector de Difusión Cultural. Yo no vestía bien, siempre de negro, pero con ropa poco presentable. Me hicieron un examen. No sabía bien escribir a máquina, pero Alicia me dio ánimos. Entré como secretaria y ahí conocí a Pablo González Casanova, que era director de Publicaciones. Un día lo fui a ver y le dije que quería escribir. Se moría de la

risa '¿Escribir qué?', me dijo. 'Pues quiero escribir no sé qué, pero quiero escribir... quiero escribir en los periódicos notas sobre los libros que publican, yo sé que ustedes pagan por eso'. González Casanova me hizo una propuesta: 'consigue el espacio en algún periódico y la universidad te paga 50 pesos. Recorrí todos los periódicos'."

Cristina hace aspavientos con las manos y se revuelve su cabello, rojizo y cortado en capas, que apenas le roza los hombros, ríe discretamente y continua: "Fue chistosísimo. Por fortuna, en la redacción de *Novedades* conocí a Manuel Cadena. El me aceptó y me dio un pequeño espacio para publicar, pero me abrió la puerta. De ahí me fui a *El Popular* que es el actual *Día*. Ahí conocí al negro Dorantes (Rodolfo), un hombre fascinante. Cuando entré a la redacción de *El Popular* se armó un tremendo relajó. Los jóvenes redactores me aventaban papelitos. Yo tenía el pelo muy largo... iba con huaraches.

"En fin *El negro* vio tal relajó que se paró a recibirme. Me preguntó: '¿qué quieres?' Le dije que buscaba trabajo, que sabía escribir. Me dijo que lo decía con tanta firmeza que me creía, pero que le hiciera el favor de no volver a entrar a la redacción porque le daba pena que me gritaran de cosas los jóvenes que trabajaban con él. Me propuso que escribiera, pero que le entregara el artículo en la puerta del periódico cada semana, y que cada vez que me viera me contaría algo. Así fue: le daba mi artículo y me contaba una historia de tres segundos. Así publiqué los peores artículos que han aparecido en la historia del periodismo en México, porque decían puras tonterías. Pero escribía y ganaba cincuenta pesos a la semana".

Esto fue sólo el inicio de una profesión que a la larga le ha dejado grandes satisfacciones y le ha permitido incursionar en otros medios impresos, en la radio y la televisión. "Yo no estudié periodismo en la escuela, pero me hice en los medios", subraya. Cristina es muy inquieta, constantemente juega con sus manos, toma su pluma azul y hace garabatos en un anuncio de autos de una página de *Reforma*; el reflejo de la luz hace que brillen con mayor intensidad los dos grandes anillos de plata que adornan sus dedos. No puede contener el impulso de contar historias y anécdotas, seguramente porque durante 28 años de experiencia profesional, a través de sus entrevistas, ha conocido y convivido con gente de todo tipo: pintores, fotógrafos, artistas, campesinos, costureros, boxeadores, ancianos, comerciantes, mineros y albañiles.

Autora de más de una decena de libros de los que sobresalen *Zona de desastre*, *El Corazón de la noche*, *La Luz de México*, *Amores y desamores* y *Orozco*, *Iconografía personal*, Cristina Pacheco parece incansable. Le apasiona su trabajo. Todos los días se levanta muy temprano y aprovecha cada minuto al máximo. Se da tiempo para trabajar en prensa, radio y televisión, pero además para estar con su esposo José Emilio Pacheco y sus hijas Laura Emilia y Cecilia, quienes -al igual que sus padres- optaron por las letras.

**TRABAJO MUCHO  
PARA QUE MIS HIJAS  
ALGUNA VEZ DIGAN:  
MI MADRE NO FUE UNA  
MUJER INÚTIL**

*¿Es difícil ser mujer profesio-*

*nista?*

"No y no es una pregunta que me haya hecho jamás. Es difícil vivir para todos, hombres y mujeres. Sin embargo, la mujer tiene muchas más pruebas que enfrentar y que superar y creo que cada día es mayor el avance de las mujeres."

*-Ser madre, ¿fue una limitante?*

"No, para nada, yo ponía a mi hija en una canastita a un lado de donde me sentaba a trabajar o me la colgaba con un rebozo en la espalda y hacía mi trabajo. No debe ser una limitante porque si no yo estaría ahorita muy frustrada diciendo: ¡Ay, que barbaridad!, ya no soy joven y no hice lo que quería. Yo no le puedo echar la culpa a nadie porque hice lo que quería, lo que no pude hacer fue porque las circunstancias ya no me lo permitieron, pero he hecho todo lo que he podido; si pudiera hacer más, haría más."

*-¿Cómo concilia el trabajo con la vida familiar?*

"Yo creo que he cometido muchos errores, cosas que pueden parecer un error. He dedicado mucho tiempo a mi trabajo y quizá he estado menos tiempo con mis hijas, pero yo quisiera decirles que el poco tiempo que estoy con ellas, estoy hasta los huesos, y una cosa muy importante, cuando estoy trabajando las llevo conmigo. Hago cosas para que alguna vez digan 'Mi madre no fue una mujer inútil', para que me recuerden con el respeto, el afecto y el amor sincero con que yo respeto a mi madre. Ella no hizo obras para nadie, pero me dio seguridad y le dio diálogo a cientos de mujeres que se fueron a sentar con ella para llorar. Yo lo que quiero que aprendan es que uno debe vivir

para ser útil.

“No concibo a nadie sin familia; tenerla es maravilloso, hablando de vida familiar organizada y abierta, donde uno tiene derecho de sus propios sentimientos y lenguaje y la suficiente confianza para saber utilizar cuerpo y mente. Claro que si se tiene la desgracia de vivir rodeado de una familia asfixiante, prejuiciosa y chantajista, que todo lo prohíbe, entonces es preferible estar sin ella. Yo vivo feliz al lado de mi esposo, a quien quiero y admiro, como escritor y como periodista, y con mis dos hijas. A ellas no me gusta presionarlas acerca de cómo considero que deberían dirigir sus vidas, sólo les pido que se comprometan con su trabajo y su país.

### EN LAS PALABRAS HAY TIEMPO PARA NOSOTROS

Mesurada al hablar de su vida familiar, la ganadora del premio *Manuel Buendía*, por trayectoria periodística, asegura sentirse satisfecha de su vida en pareja con José Emilio. Cristina se casó a la edad de 19 años y se dio a conocer profesionalmente con el apellido Pacheco. “Al principio escribía mucho pero casi siempre rompía mis escritos y es que nunca he querido ser como la sombra de mi marido”. Y aunque ambos se inclinan por el periodismo y la literatura, existen diferencias entre ellos: “A mi no me gustan las metáforas, cuando escribo prefiero ser directa, decir las cosas tal y como son; por eso no hago poesía, no tengo ese talento.

“Tengo la fortuna de vivir con un hombre muy inteligente, que entiende mis exigencias, mis necesidades y el valor

de mi trabajo. Yo nada más quiero ser una mujer que haga su trabajo y que mi marido diga: ‘¡Qué tipa esta! Vale la pena porque tiene el valor de darle la cara a su propia vocación’. Pasamos poco tiempo juntos, pero en el fondo estamos siempre juntos porque tenemos el mismo interés que es México y el mismo amor a la literatura, y el mismo interés por el periodismo.

-¿De dónde sacan los Pacheco tiempo para José Emilio y Cristina?

“En las palabras hay tiempo para nosotros; compartimos ese amor, esa búsqueda que se realiza a través de las palabras. Y, además, yo creo en la calidad del tiempo: conozco a parejas que viven 12 horas juntas odiándose, insultándose y cortándose caminos... eso debe ser terrible. En vez de eso, yo prefiero pasarme con José Emilio un buen rato en la mañana, a medio día y tener una bonita conversación a la hora de la cena, que es el momento en el que más podemos estar tranquilos, solos, juntos, metidos en la casa. Además, de alguna manera a través de nuestro trabajo también nos comunicamos, nos encontramos, nos comprometemos... Es una muy buena tierra para cimentar una relación.

-¿Cuál es el secreto que le permite a Cristina Pacheco hacer todo lo que hace?

“La receta es una especie de tacañería en el sentido de no dar tu tiempo a algo que no te interesa. Si alguien me invita ahorita a un ‘cóctel’, pues francamente no me atrae. Mi vida gira mucho en torno a ese interés fundamental que es contar. No sé si lo hago bien o lo hago mal, pero eso es lo único que importa. He dedicado toda mi vida a eso y quiero seguir ha-

ciéndolo. Y quiero, a través del tiempo, llegar a contar mejor; es una aspiración legítima, ¿no te parece?

### MI TRABAJO ES UNA CLASE PERMANENTE DE VIDA

Su trabajo ha sido reconocido por las más importantes organizaciones periodísticas a nivel nacional; sin embargo, ella no pretende ser un ejemplo a seguir, ni desea enseñar a nadie, simplemente es una mujer enamorada de su profesión que, a través de su trabajo, pretende crear conciencia en la gente.

“Una periodista que no entra con todas las ganas y dispuesta a un esfuerzo permanente seguramente fracasará. Esta labor no se planea, se realiza por vocación, no tanto porque un individuo sea especial sino porque el trabajo se disfruta; es una clase permanente de vida que necesita capacidad de imaginación, de inventiva y de solución a los problemas. Estoy encantada con mi actividad, me siento completamente comprometida con el periodismo, no hago trabajos a medias, y no por eso dejo de admirar a los distintos profesionistas de otras materias como los científicos. Y todavía es más impresionante ver cómo la gente con pocos recursos sale adelante trabajando para su país. Todo individuo es respetable y es hermoso ver cómo una persona con apoyo y recursos se convierte en un buen profesionista, pero más aún, de no tener armas, consiégue encontrar su camino, sin dejarse vencer por las circunstancias. Yo creo que en el trabajo se refleja mucho de nosotros, nuestros sentimientos, nuestro amor por lo que hacemos”.